

El secreto de la chimenea

(CUENTO)

Para mi querido maestro D. Julián Rodríguez Polo,
que tanto sabe de las cosas del bien decir.



RA yo muchacho de pocos años y gustaba de andar por los desvanes de mi casa curioseando en baúles y trastos viejos y soñando aventuras y tesoros con un afán muy propio de aquella mi edad prehistórica. Invariablemente estas correrías acababan en la azotea, una especie de cajón alargado que el edificio parecía portar a la cabeza.

Una vez allí disfrutaba, completamente a solas, de mis hallazgos o consolaba mi fracaso con la contemplación de un dilatado panorama de tejados y lejanías, cuando no me arriesgaba en prohibidas excursiones, en busca de nidos de pájaros, que dejaban las techumbres muy bien estropeadas.

Frente por frente de la azotea y a una distancia en línea recta de seis metros, poco más o menos, se erguía una robusta chimenea que arrancaba de un tejado contiguo también perteneciente a la casa de mis padres.

Sin embargo, este tejado quedaba tan bajo respecto de la azotea que se hacía imposible hasta para mis más arrojadas audacias. Quizá por eso entretenía yo no pocos ratos oteando aquel limitado espacio tan próximo en la distancia y tan lejano y difícil por su quebrada topografía.

La chimenea, partiendo de lo hondo, se levantaba por cima del nivel de la azotea buscando con decisión los cuatro vientos. Estaba terminada por superficies planas, con un remate en arista como un espinazo recto y duro. Muy en lo alto, sus cuatro laterales dejaban espacios libres, interrumpidos por oscuros ladrillos puestos de canto que en tiempo debieron dar salida a los humos del hogar. Semejaba el busto de un viejo guerrero que, con la visera calada, hubiera quedado eternamente inmóvil por obra de las malas artes de algún poderoso y enemigo encantador.

Esta chimenea se había quitado del tabaco. Quiero decir que jamás había visto salir humo por sus agujeros. En efecto, perteneció a una antigua cocina desaparecida hacía muchos años. Se la cegó por la base y así se estaba como pregonando el milagro de un tronco viviendo sin raíces.

Al atardecer de un claro día del mes de Julio estaba yo en mis altas soledades cuando acerté a ver un hermoso gato de lustrosa piel que merodeaba por aquellos parajes. Con no poca envidia le ví dejarse caer en el *abismo* sin más que un insignificante esfuerzo de sus

poderosos músculos. Anduvo perezoso de acá para allá y de pronto se quedó quieto, agazapado y con la vista en lo alto. En uno de los huecos de la chimenea se había posado un mirlo, que miraba curioso hacia el interior negro y profundo. Aquella curiosidad le perdió. Dando un salto inverosímil el gato le atrapó entre sus garras. Un instante formaron una masa de contornos indefinidos y súbitamente ambos desaparecieron dentro de la chimenea, arrastrados por el impulso del salto.

Con la paciente curiosidad de un naturalista esperé durante largo rato, los ojos fijos en los mudos orificios. Ni el pájaro ni el gato salieron de la chimenea. Jamás volvió nadie a verlos.

A la mañana siguiente desayunaba con mis hermanos, a la sombra de un hermoso naranjo, en el corral de la casa. Unos furiosos y espaciados maullidos nos llamaron la atención. Venían de lo alto y estallaban con una cólera desatada. Todos buscaron con los ojos la causa de aquel extraño ruido que ponía espanto en el ánimo por su frenética violencia. Yo sabía que era el gato de la tarde anterior. En mi imaginación infantil apareció la chimenea como si fuera de cristal: El felino daba saltos de pantera y llegaba hasta lo alto, pero los agujeros eran por dentro más estrechos que por fuera y el esfuerzo, al final, resultaba inútil. Como el pez en la nasa el gato estaba perdido.

Durante todo el día renovó incansable sus esfuerzos. La chimenea debía de tener en sus entrañas señales dolorosas de las garras del animal pero, como la esfinge, permanecía estática, silenciosa, inexorable.

Por aquella época mi sueño era profundo e insensible a todo extraño ruido. Rendido como siempre pasé la noche de un tirón. Pero apenas abrí los ojos sentí de nuevo los maullidos del gato. Ya no tenían aquel tono colérico de los primeros esfuerzos. Sonaban como una llamada recia y siempre igual del que, perdida la fé en sí mismo, espera ser socorrido por manos ajenas. De tarde en tarde se adivinaba un nuevo salto por la rabia impaciente del grito, rugido con el rencor de una blasfemia. El animal no se resignaba a su prisión y con una contumacia desesperada tensaba los cansados músculos y tallaba con las garras profundas estrias en el vientre petrificado de la chimenea.

Los días se sucedieron muchas veces, cronometrados por aquella pirámide de cal y canto que como un reloj vivo regurgitaba los segundos en maullidos lentos, más espaciados y débiles cada vez.

Poco a poco habían ido perdiendo irritación hasta convertirse en un lamento monótono, triste y desesperado que hacía saltar los nervios y producía un respeluzno por la espalda, como una descarga eléctrica. El corral se hizo inhabitable para toda la familia que emigró hacia las habitaciones más remotas de la casa.

Hasta en el ánimo infantil, generalmente poco propenso a dejarse influir por el dolor, producía el continuado lamento una sensación insoportable. Pero una insana curiosidad, como innata en el

niño y no poco generalizada en el adulto, nos llevaba de cuando en vez a comprobar el estado de consunción del emparedado vivo, que aun continuaba latiendo con un vagido leve como el llanto de un niño extenuado y moribundo.

Por fin no se le oyó más. La chimenea había digerido con una horrible calma la vida jugosa y recia del fiero animal.

Desde entonces aquel monolito desconchado y negruzco me produjo una mezcla de antipatía y terror que después de tantos años no acierto a definir.

No hace muchos fué menester habilitar de nuevo para cocina lo que para tal había sido destinado al edificar la casa. Cuando los albañiles desfondaron la tapiada chimenea, apareció entre los escombros e esqueleto del gato, pero nada más. Parece que el gigante de piedra no había tenido ocasión de paladear otros manjares en toda su vida.

Como si aquel lavado de estómago le hubiera rejuvenecido, a los pocos días volvió a su antiguo vicio de echar humo por la nariz.

Una tarde del verano pasado me acodaba yo en la baranda de la azotea, con la vista perdida en el lejano horizonte. Mis hijos jugaban cerca de mí.

De pronto, no sé cómo, recordé todo lo que refiero más arriba y sin poderlo evitar me quedé fijo, con una mirada añorante y sobrecogida, en la vieja chimenea. Atónito, me pareció que sonreía con un gesto entre dulce y amargo que dejaba al aire sus dientes careados y negros de sarro.

Y habló. Habló con una voz de bajo profundo, blanda y acolchada. Recuerdo bien que me dijo: Ya, ya sé que no te soy simpática y hasta que me odias un poco. Sin embargo, yo no tuve la culpa y soy la única que tiene derecho a quejarse. El maldito gato se me metió dentro antes de que yo pudiera cerrar la boca para impedirlo. Por más esfuerzos que hice no fui capaz de vomitarlo. ¡Malhaya sea..! Desde entonces vengo padeciendo del estómago. Y arrojando una densa bocanada de humo calló definitivamente, ajena por completo a mi gesto de asombro, con la elegante indiferencia de quien está muy por encima de las miserias de este mundo, tan lleno de injusticias y falsedades.

Me incorporé sobresaltado al sentir a uno de mis retoños que me tiraba de la chaqueta gritando: Papá, papá, que te has quedado dormido.

Me pasé la mano por la cara como el que quiere alejar de sí una pesadilla, di un beso a cada uno y ordené a todos la retirada.

Bajábamos la escalera e iba a decir algo a mi prole cuando un robusto mosquito se me coló hasta el gáznate. Fueron unas bascas terribles, pero al fin logré arrojarlo sobre el pañuelo. Así que pude alentar, exclamé rotundo:

¡Tenía razón la chimenea!

PLEGARIA

Tú, que ves desde altura inigualable
el destino del hombre, harto insufrible,
que lucha y es tratado cual terrible
alimaña que alienta, y no es tratable.

Tú, que el alma creaste perdurable
y la diste tu gracia cognoscible,
apiádate, Señor, ahora, en su horrible
trance que, por vivir, vive espantable.

Dirígela, mi Dios, por sendas nuevas
de florecidos mirtos y laureles,
dispuesta siempre al bien y al sacrificio.

Exígela, Señor, de nuevo, pruebas
de amor y de ternura, que sean fieles
pajes de su bondad, a tu servicio.